

familia. Así se llaman hombres de bien los jugadores y tahures, los más cumplidos en pagar sus deudas de juego, que llaman deudas de honor; y tal vez el dinero que han perdido es ajeno, ó al ménos, es robado a su propia familia, quien carece de lo más necesario; pero el jugador que paga, es hombre de bien.

Ahora, los ricos, se supone, los que han enriquecido lícita y laudablemente; los ricos, que tantas relaciones tienen por sus contratos y negocios; los que proporcionan subsistencia a tantos dependientes, ¿qué proporcion tan grande no tienen de exhortarlos a una vida cristiana? Dá lástima ver en las fincas de campo los desórdenes y escándalos con que viven, dependientes, tal vez, de un rico piadoso y bueno, pero que no piensa en hacer buenos a los demás, por no tomarse una ligera molestia, por no parecer intolerante y beato, por no ponerse en ridículo, dicen: ¿Pues qué? ¿Tan ridícula es la virtud? ¿Son ridículos los preceptos de Dios? ¿Tan villana es la vida cristiana, que sea ridículo el propagarla y se avergüencen los hombres de exigirla en sus dependientes? ¿Por no perder un buen contador ó mayordomo, ha de permitir un católico que Dios sea ofendido en su propia casa? Estas son, entre otras, las razones porque Jesucristo dijo: «Que era más fácil que entrara

un cable por el ojo de una aguja, que un rico por la puerta del cielo.»

Por el contrario: un rico que, cumpliendo con los deberes que le impone en su buena fortuna la caridad, se procura dependientes que, no solo se llamen honrados y hombres de bien, sino que sean buenos cristianos, asegurará mejor sus bienes y atraerá sobre su casa las bendiciones de Dios y la riqueza; como sucedió con el egipcio que tuvo por mayordomo al patriarca José.

CAPITULO XII.

AMOR DE DIOS Y CELO DE LAS ALMAS.

Habiéndose tratado en los capítulos anteriores de quiénes pueden y quiénes deben ser propagadores, preciso es dar a conocer las circunstancias que deben concurrir en ellos ó las cualidades, que si no tienen, deben procurarse. Aunque ellas son muchas, las reduciremos a las principales, y ninguna merece tanto este título como el amor de Dios y celo de la salvacion de las almas, sobre que versará el presente capítulo.

El amor de Dios no se comprende ni en sí, ni en sus causas, ni en sus efectos, porque no

se practica. Pero perdonándose la comparación tan baja é indigna del amor y la amistad del mundo, consideremos qué es lo que deseamos para una persona a quien amamos. Si oímos ó sabemos que se murmura de ella, a fuer de caballeros y amigos, la defendemos con ardor. Si vemos que es ofendida, nos duele el corazón y nos irritamos contra el ofensor. Si es esta persona alabada, y honrada y obedecida, nos alegramos y agradecemos a los que tal hacen. Queremos que todos amen al que amamos, ponderamos sus talentos, sus gracias, su hermosura, ó su fuerza, ó sus riquezas, ó su sabiduría, ó liberalidad, ó cualquiera buena cualidad que tenga. Si padece, sufrimos; si goza, gozamos; si falta, estamos tristes; si está presente, nos alegramos; todo lo que hace nos parece bueno; todo lo que reprueba, reprobamos; en fin, su bien ó su mal, son nuestro mal ó nuestro bien. ¿Por qué los profanos pintan tan bien el amor carnal, y no podemos los cristianos dar una idea práctica y sensible del amor de un Dios?

Pero valga esta imperfectísima y tosca comparación para comprender, cómo el hombre que quiera amar al Señor, natural y lógicamente debe querer la propagación de la moral católica, ó mas claro, el servicio del mismo Señor. Mas como estamos tan abajo, no es fácil descender

del amor divino al humano, y si nos será mas cómodo el ir de abajo arriba. Quiérese decir, que del empeño que tengamos y tomemos en beneficio del prójimo, nacerá en nosotros el fuego del amor de Dios y crecerá en proporción de los beneficios que hiciéremos a nuestros semejantes. Así, dice San Juan: «El que no ama a su prójimo, a quien ve, ¿cómo amaré a Dios a quien no ve?»

Viénesse a concluir, que del amor de Dios nace en los santos el amor y celo de la salvación del prójimo; pero en nosotros, pobres pecadores, del amor del prójimo hemos de esperar que se encienda en nosotros el amor de Dios. Ello es que de una ú otra manera, nunca un amor está sin el otro, como el efecto con su causa, y no sabemos si debemos ser propagadores del bien por el inefable premio del amor divino, ó si por cumplir como es justo con el divino amor, debemos consagrarnos a la propagación de la moral católica. Hermosa y santa duda, de la que nace una verdad que hace tanto a nuestro caso.

Otra es, que sin este amor de Dios, más ó menos ardiente, no habrá en nosotros el celo justo, enérgico, activo, pero prudente y dulce, que se requiere para procurar la salvación de las almas. Sin este amor nuestros trabajos serán inútiles,

nuestros esfuerzos infructuosos; nuestro celo, amargo é imprudente; nuestras obras vanas; nuestras miras soberbias; nuestros sacrificios, interesados, y nuestra propaganda frustrada.

Todo sea a mayor gloria de Dios, como tenia por tema el héroe de Loyola. Todo para bien del prójimo.

CAPITULO XIII.

INSTRUCCION.—RECTA INTENCION.

Aunque en México, ménos que en cualquiera otra parte, nunca ha habido impíos estudiosos y sabios, como ha solido haberlos en otras naciones, por la audacia y locuacidad de los que hay, corrompidos por sus costumbres más que por sus ideas, por la abundancia de malos librejos y por el proselitismo protestante que ha comenzado con furor en nuestros días, es necesario que los fieles no se conformen con un conocimiento superficial de la doctrina y de la moral cristianas. Siempre la incredulidad ha abusado de la credulidad, la falacia de la sinceridad, el sofisma de la sencillez, y de la timidez la audacia. Por esto es hoy mas necesaria que nunca la doctrina del Salvador: «Sed sencillos como las palomas y pru-

dentes como las serpientes.» Indispensable es en nuestra época un estudio, cuanto mas profundo pueda ser, de nuestra santa religion.

Para el propagador, que debiera serlo todo cristiano, es mucho mas necesario este estudio, para persuadir a los otros del plan armonioso y hermosamente encadenado de nuestras creencias, de la justicia, suavidad, facilidad, dulzura y ventajas de nuestra moral; de la majestad, órden y dignidad de nuestras ceremonias; de las excelentes y sobrenaturales facultades de nuestro sacerdocio, y del provecho y fruto espiritual y aun temporal que necesariamente nos resulta del ejercicio de las virtudes. Así, por otra parte, conviene saber las contradicciones en que incurren los incrédulos, que no tienen mas plan que negar hasta su propia racionalidad; los errores varios y opuestos de las innumerables sectas protestantes, todas nacidas de la relajacion y del libertinaje sobre que se fundó una religion cómoda aunque falsa; las máximas erróneas del mundo y los engaños de nuestras pasiones, por las que, sin negar la fe, nos privamos de la salvacion; en fin, el propagador debe procurar estar cuanto mas instruido pueda en estos y otros puntos, y tanto más, cuanto su clase ó su posicion es mas elevada y su accion haya de obrar sobre personas mas caracterizadas.

Hay innumerables libros manuales, pequeños, pero que encierran abundante y sustancial doctrina para conocer y defender nuestras creencias. Hay otros para formar ideas adecuadas, y claras y convincentes de la virtud. Hay otros más, para ejercitarse en la piedad; y hay, por la misericordia de Dios, mucho escrito en materia de todos los ramos, aspectos y ejercicios de la religion. Dos, entre tantos autores, no pueden dejar de recomendarse en todos sus escritos, tan propios de la actualidad: el Illmo. Segur y el Abate Gaume. De este último, no hay expresiones que basten a recomendar su Catecismo de Perseverancia, en que lucen lo ameno de la historia, lo abundante de la doctrina, lo fuerte de la controversia, lo claro de la lógica y lo dulce de la piedad.

Esta instruccion, que se debe procurar, así como cualquiera obra, que en orden a la propagacion se haya de emprender, debe ser animada de un espíritu muy recto de intencion; porque sin esta condicion nuestra ciencia nos hincha y nos engaña; nuestro trabajo se desvanece y, si algo obra, es nuestro necio orgullo y nuestro verdadero daño. ¿Qué es, pues, esta recta intencion? Es el acto mas generoso de nuestra voluntad, con el cual queremos y deseamos, que nuestras obras no tengan otro fin, ni otro interes, ni

otro efecto, que la gloria de Dios Nuestro Señor y el bien espiritual de nuestro prójimo. No daña a la rectitud de nuestra intencion el querer con nuestras obras merecer ante Dios y satisfacer por nuestras deudas; porque tan alto y noble fin, aunque sea en provecho propio, no vicia en manera alguna, ántes mejora y ennoblece nuestras buenas obras.

La codicia, la vanidad ó la ignorancia, ó todas juntas, en tiempos antiguos soñaron, que siendo unos mismos los principios en todas las obras de la materia, no consistia el que esta fuese oro, ó tierra, ó madera, mas que en la combinacion de estos principios, y de aquí los embaucamientos y misterios ridiculos de la alquimia. De aquí el buscar la piedra filosofal. Pues en lo moral y espiritual, sin mas trabajo que dirigir a la gloria de Dios y provecho del prójimo y nuestro todas nuestras operaciones, aun las indiferentes, tenemos el secreto importantísimo de hacerlas ricamente meritorias y de poder satisfacer con ellas, siquiera alguna parte de las enormes deudas que con su Majestad tenemos, ya por sus innumerables beneficios, ya por nuestros gravísimos pecados. Si por el contrario, nuestra intencion no se dirige humilde y noblemente a Dios, es seguro que nuestros esfuerzos, nuestros trabajos, nuestros sacrificios, nuestros

discursos, todo se esteriliza, se nulifica, se convierte en humo engañoso de vanidad, ó en fruto venenoso de soberbia.

CAPITULO XIV.

PRUDENCIA.

Seria necesario un libro aparte para tratar adecuadamente de esta virtud tan exquisita, tan rara, tan útil, tan necesaria, tan provechosa y tan difícil. Ella, si se considera con respecto al individuo y para sí solo, es el acierto en escoger lo bueno y rechazar lo malo, eligiendo para uno y otro los medios mas eficaces. Todos los teólogos, con San Gregorio, la hacen proceder del entendimiento y le dan el nombre lógico de juicio; pero San Agustin, sin desconocer este origen dice, que es una operacion de la caridad, que lleva al hombre a Dios por los caminos y medios mas rectos y seguros. Si la prudencia se considera obrando hácia nuestros prójimos, ella es el tino, el tacto, el acierto, la habilidad con que conseguimos ó procuramos conseguir su bien espiritual con eficacia y empeño; pero al mismo tiempo con suavidad y dulzura, que son los me-

dios con que obra mas eficazmente, sobre todo en los corazones dóciles y racionales.

Como todo cuerpo lleva su sombra, así todas las virtudes están expuestas a extremos. La humildad puede declinar en envilecimiento; la modestia, en gazmoñería; la penitencia, en furor; el celo, en envidia, en enojo, en ira, en crueldad y hasta en odio. ¡Cuán necesaria es la prudencia! Parece que Dios permite que muchas personas buenas carezcan de prudencia, para que nosotros aprovechemos é imitemos sus buenos ejemplos, sin ser atraídos por el encantador atractivo de esta virtud. Mas tambien parece que, cuando Dios quiere presentar las virtudes en todo su esplendor y ascendiente, concede á los santos este dón celestial, tan necesario para ganar a las almas.

Esta consideracion debe persuadir al propagador la suma necesidad que tiene de esta virtud para poder hacer sus conquistas, y las instancias humildes y continuas con que debe tratar de alcanzar del Padre de las lumbres este dón tan perfecto. Querer hacer a todos santos a sangre y fuego; exigir de la miseria humana sacrificios dificultosos y tal vez imposibles; presentar a los hombres libertinos la religion por sus dogmas mas amenazadores; hacer formar ideas que son falsas, de dificultades insupera-

bles de la virtud; amonestar bruscamente al que se halla poseído de una pasión frenética en la hora misma de sus más fuertes accesos; usar un lenguaje duro y modales groseros con cualquiera persona que fuere; despreciar con altanería los argumentos siempre falsos, en que se apoyan el vicio y la incredulidad; en una palabra, predisponer desfavorablemente al hermano a quien deseamos y procuramos ganar para Dios, es el colmo de la imprudencia.

La dulzura genial de muchos sacerdotes; las maneras corteses y atentas de otros; la elocuencia de sus sermones; la suavidad de su sistema moral y otras cualidades semejantes, los han hecho conquistarse el aprecio general y el respeto, aun de los enemigos del clero y de la Iglesia, abriéndoles ancho camino para convertir a personas de quienes no se hubiera podido esperar. Este ejemplo debemos imitar todos, respectivamente; y no dudemos de que para nosotros también se abrirán caminos rectos, planos, breves y aun floridos, por los que lleguemos prontamente a nuestro deseado fin.

La prudencia, tiene la cualidad especialísima de obrar como obran casi todas las virtudes. El que sufre con paciencia y calla cuando debe, se llama prudente. El que es tolerante (del modo que se debe), advertido, sagaz, y que sabe apro-

vechar bien las ocasiones favorables, se llama prudente. El que dá un consejo, oyendo con atención al consultante, preguntándole con acierto, con inteligencia, decidiendo con seguridad y firmeza, se llama prudente. Para todo esto hay demasiada razón.

Más no se entienda por prudencia la timidez y cobardía, el respeto humano y la complacencia culpable, la tolerancia, ó más bien dicho, la indiferencia a vista del error ó del delito; porque ésta será la prudencia carnal y mundana que abomina y castiga el Espíritu Santo. El cristiano jamás debe disimular sus creencias, sus máximas, sus obligaciones y sus ideas religiosas. El no deberá escandalizarse de cosa alguna por mala que sea; pero jamás debe dar la más pequeña señal de aprobación; mucho menos cuando su posición lo autoriza para desaprobar expresamente y aun reprender.

Pero para lo que se necesita mayor caudal de prudencia, es para atraer a la observancia de la moral católica a las distintas personas que la ignoran; ó la desfiguran, ó la mofan, ó la quebrantan, ó la desprecian, ó la acriminan; porque todo esto sucede hoy con las buenas costumbres. Llene el Señor de prudencia a todos los buenos católicos, para que todos procuren extender y propagar la buena moral entre los in-

numerables cristianos especulativos que deshonran su religion.

CAPITULO XV.

ACCION Y EJEMPLO.

Por más que los hombres hagamos alarde de séres libres y pensadores, no podemos librarnos del triste epíteto de *animales de imitacion*. Véase a los niños que contraen las maneras, las pasiones, los gustos y hasta el lenguaje de sus padres; no tanto como vulgarmente se créee, por obra de la naturaleza, como por efecto del ejemplo. Esto se conoce mejor, cuando los niños se educan léjos de sus familias ó en países extranjeros; porque no se puede negar la tendencia que el hombre tiene a imitar lo que vé. Tanta así es la fuerza del ejemplo.

No hay otra razon más fuerte para reprobear el escándalo, que no es otra cosa, que la publicidad de una obra mala; porque el efecto infalible de esta publicidad es, que no solo los menores ó los inferiores, sino aun los mayores y más fuertes, se sienten tentados de hacer el mismo mal con el que llegan a familiarizarse, perdiendo el horror que causara. No hay tampoco

motivo más poderoso para huir de las malas compañías, porque la sola conducta de los malos, sin el estímulo de la palabra, basta para corromper los corazones inocentes. No se necesita de persuasiones ni de doctrinas para contagiarse de las ideas extraviadas de un amigo ó de una persona a quien se trata con aprecio y con frecuencia. Por muy poco que lo hayamos observado, la experiencia nos lo confirma así.

Hasta los personajes imaginarios de una novela ó de una comedia que un autor impío trata de hacer apreciables ó simpáticos al lector ó espectador, para presentar luego sus faltas como acciones laudables, persuaden de una manera inexplicable, por los afectos del corazon y no por las convicciones del entendimiento. Bien lo han conocido los corruptores de la moral y los enemigos de la religion. Hé aquí la causa de ese aluvion de romances y comedias impías que inundan a las sociedades. Hé aquí, por qué escritores cristianos como el cardenal Wisseman y otros, han apelado al género de los romances para poder propagar con mas efecto doctrinas de moral y de virtud en esta época de superficialidad en que solo se leen con gusto las novelas.

San Felipe Neri, gran conocedor del corazon humano, que vivió en el centro del mundo ilustrado y en tiempos de las más ardientes dispu-

tas de religion, mandó a su discípulo espiritual, el gran Baronnio, que escribiese la Historia eclesiástica, como lo hizo, con tan fina crítica y tan sábia diligencia, solo con el fin de habilitar y enriquecer a los predicadores y lectores cristianos de ejemplos y modelos en la vida de los santos. Prueba muy fuerte y clara de que el santo estaba cierto de que el comun de los fieles no se trae a la fe y a la moral, con argumentos y doctrinas solamente; sino tambien, y con mejores y mas abundantes resultados, con los ejemplos de los buenos, que persuaden y mueven, como de una manera material.

Convenzámonos, pues, de que, si bien el propagador debe con todo empeño habilitarse y enriquecerse de buena doctrina, para aconsejar, responder, enseñar, persuadir, atraer y demás; lo primero que debe hacer, es dar buen ejemplo: que, cuando todo faltara, esto bastaria para persuadir los entendimientos, para mover los corazones, para quitar las dificultades, para presentar la piedad y la virtud como practicables. Así se refiere, y es caso muy sabido, que el P. San Francisco de Asís, llamó una vez a un compañero suyo, diciéndole: *Hermano, vamos á predicar*. Salió en efecto, anduvo por varias calles con aquel recogimiento y humildad de que era modelo; y volviéndose al convento, cuando

el compañero con extrañeza le dice: *¿pues no deciais que ibais a predicar?* El responde: *bastante hemos predicado*.

Por este caso y otros muchos de las vidas de los santos, entendemos: que ni la humildad más profunda, ni la más recatada modestia, deben impedirnos el dar buenos ejemplos; porque con ellos no buscamos nuestra propia gloria, sino la gloria de Dios, y el aprovechamiento del prójimo. Y si la misma virtud no debe impedirnos el ejemplarizar a nuestros hermanos, ¿cuánto ménos debe detenernos una necia vergüenza, un injusto respeto humano? Gloriémonos, no solo del nombre, sino de la realidad práctica de cristianos; porque nuestro sapientísimo y poderosísimo Maestro, dejó dicho: *Al que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo delante de mi Padre que está en los cielos*. Y en otra parte: *El que hiciere y enseñare, se llamará grande en el reino de los cielos*.

No se desconsuele el propagador por carecer de un fino talento, de una fuerte persuasion, de una abundante doctrina, de una influencia poderosa ó de una provechosa superioridad. Todos estos, son excelentes medios y eficaces elementos para la propagacion. Mas si el propagador se esfuerza en dar buen ejemplo, Dios hará con solo esto, quanto quisiera hacer el hombre

mas bien intencionado y deseoso del provecho de sus hermanos y de la honra y gloria de su Majestad.

CAPITULO XVI.

ACTIVIDAD Y EMPEÑO.

Es evidente que los genios de los hombres son tan diferentes como las caras; y así, unos son activos y otros inertes; unos son diligentes y otros perezosos; unos mas inteligentes é industriosos, y otros ménos capaces y ménos ingeniosos. Pero para el fin de la propagacion de la moral, lo que se quiere es, que los unos aprovechen y empleen sus buenas cualidades y los otros procuren adquirirlas y emplearlas en el mismo objeto. No nos dejemos engañar, mirando con indiferencia lo que suponemos que es de pura devocion ó supererogacion. Jesucristo lo dijo: *El que nõ está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, dispersa.* Nadie puede ser indiferente al mal general ó particular, si de algun modo ó con cualquier sacrificio puede cortarlo. Ninguno debe omitir el hacer el bien

en particular ó en comun, si puede hacerlo. ¿Y quién es el que no puede evitar el mal ó hacer el bien de uno ó de muchos prójimos?

La cortedad de nuestro genio, la escasez de nuestro talento, la falta de las palabras, la pobreza de nuestros bienes; lo reducido de nuestras relaciones; nada debe enervar nuestra actividad; nada debe entibiar nuestro celo; nada debe detenernos en la empresa y noble trabajo de propagar la moral católica; no solo en nuestro círculo de parientes, amigos y compañeros, súbditos, conocidos y demás; sino en toda la sociedad, procurando para ello ensanchar y extender cuanto sea posible el radio de nuestras comunicaciones, para que alcance hasta donde pueda ser, a todos nuestros semejantes. El santo orando y haciendo; el sabio escribiendo y enseñando; el sano trabajando y andando; el rico, ayudando y socorriendo; el superior, corrigiendo y ejemplarizando; el pobre cooperando y sirviendo; todos, en fin, haciéndose todo para todos, ¿habrá modo mas eficaz, adecuado y seguro de ganarse cada uno su propia salvacion? ¿Habrà manera mas acertada de reformar y hacer feliz a la sociedad? Dígalo el que lo sepa.

Si un buen cristiano desde que se levanta por la mañana, forma diariamente un firme propósito de que no se le pase el dia sin hacer algo